



# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

## TRANCO I

Amigos, amigas; lectores muy queridos de estos espacios que al señor Bracho esta casa editorial le proporciona –con gusto y satisfacción entera, desde luego– mes con mes, y que, lo sabemos todos, es ya un espacio esperado con ansia, casi loca, por muchos de ustedes. Y este fenómeno se debe a la vena, inventiva y humor, entre otras cualidades de nuestro ínclito autor, por lo tanto, nada más justo que abrir nuestras páginas para ser llenadas con sus deleitosos Trancos. Así pues, sírvanse ustedes con la cuchara grande y lean lo que nuestro epónimo narrador nos dice:

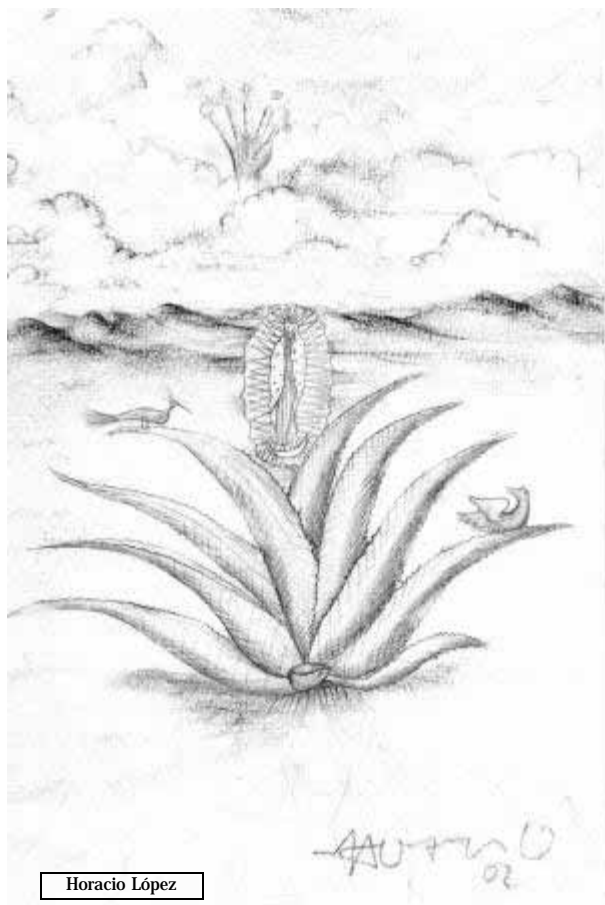
Tenía ya mucho tiempo de no verla. Desde la última vez que la vi han pasado, por lo menos, dos campeonatos mundiales de fútbol, y digo esto de los campeonatos porque recuerdo con precisión el día en que la selección de Alemania triunfaba sobre el equipo Francés. Esto pasó en la ciudad de Brujas. Yo tomaba mi segundo o tercer martini seco, y sentado en la barra observaba, no el desarrollo del juego que ponía frenéticos a los asistentes varios que asistían a ese bar, sino a una, iba a decir dulce mujer, y sí me sostengo en ese primer impulso: sí, era una dulce mujer. Tan dulce que

cuando estábamos en su propio estudio de ballet, su forma de decir y hacer las cosas, su manera de acariciar y de hablar y de moverse y de charlar y de mirar, comprobaba con creces lo que digo. Dulce ella, dulce su cuerpo felino, dulce su aliento, dulce su pensamiento.

Cuando alguno de los jugadores metió un gol, los hombres y las mujeres lanzaron el grito consabido y



Alejandro Caballero



Horacio López

brindaron y lanzaron porras al autor de aquél tiro que abatió al portero contrario.

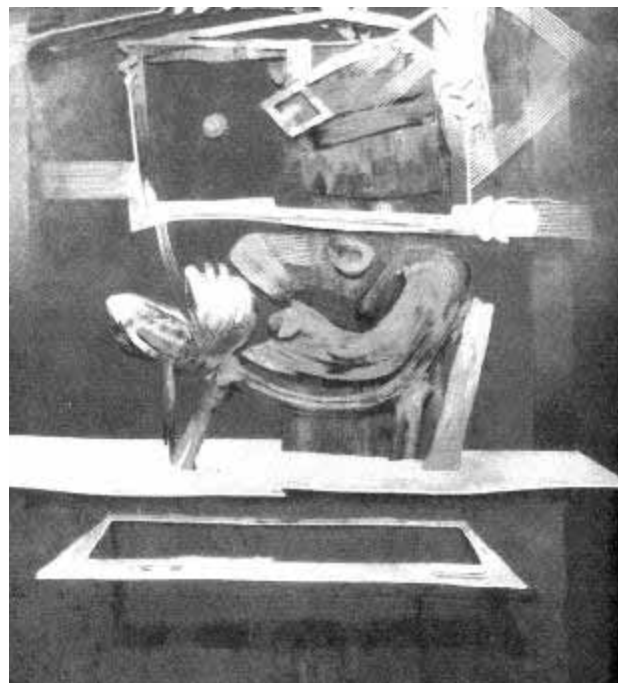
Ella, mi Dulce y yo –si me lo cree usted, lector pluscuamperfecto ese era su real nombre: Dulce–, en realidad no habíamos prestado nunca mucha atención al duelo que sostenían aquellas potencias, no, desde que ella pidió un martini –la curva de la barra era en donde ella estaba sentada, de manera que la tenía a unos dos metros de distancia–, lo hizo justo cuando yo hacía lo mismo y que el barman, sonriendo, dijo que a quién de los dos le hacía caso, y a quién le serviría primero, claro yo dije que, ni hablar, las damas eran primero, ella “protestó” – y allí fue cuando me clavó su primera espada dulce– y comentó que no se sentiría bien si le servían a ella primero sólo por el hecho de ser dama. Le di las gracias y cuando teníamos nuestros martinis en la mano, y dado que junto a mí estaba un banco vacío

–gracias mi Cupido hermano, gracias mi Baco sempiterno–, le pedí que se sentara. Dijo que sí, me levanté y la senté conmigo. Era tanto el gusto que tenía yo al sentir-la tan fresca, tan vital, tan llena de humor que no recuerdo si cruzamos los brazos para bebernos, casi de un sorbo, ese mi primer martini con ella. Cuando le dije que esa sería mi cuarta bebida y que quizá me tomaría otro más y que entonces quizá me saldría de allí para caminar un poco por los prados del jardín que estaba justo en frente del bar, ella me confesó que también llevaba en su cuenta cuatro martinis y que sí, que apoyaba mi decisión de salir y que ella lo haría conmigo. Me dijo que las amigas con quienes había llegado estaban absortas en el maldito juego de la patada y que ella en realidad no era aficionada a tal deporte. Salimos de aquél lugar y yo la abracé con fuerza, pero con dulzura, la misma dulzura que ella traspiraba. Estábamos por terminar nuestros primeros pasos por el jardín desierto y luego, como si ya nos conociéramos de muchos años, como si ella y yo hubiéramos sostenido una larga amistad, como si no hubiera secretos entre su alma y la mía, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, con esa confianza del trato continuo y estrecho, detuve la marcha, la tomé por los hombros, la giré lentamente –los martinis todavía estaban volando en nuestras cabezas–, clavó su mirada en la mía, luego nos fuimos acercando, lentamente, lentamente, tanto que creo que conté hasta el número mil. Nuestras bocas se entrelazaron en un beso perenne. Con esa acción furtiva nuestras cabezas giraron sin control. Pasé mis manos por su espalda. La recorrí palmo a palmo. Ella hizo lo mismo. Cuando por fin el aire nos hizo falta, cuando estábamos a punto de estallar, nos separamos un poco. Yo iba a comenzar de nuevo mi ataque y ella puso su mano entre nuestras bocas:

–Espera. ¿traes auto?– Asentí. –Entonces vamos a mi estudio. Maneja, yo te digo por dónde nos vamos–. En el trayecto me contó su vida. Era bailarina de la Compañía

de Ballet. Acababan de llegar de una larga gira por Dinamarca y Suecia y por eso tenía unos dos días de vacación. Esa era su primera salida. Me habló de la dura disciplina que los bailarines deben soportar, de los desvelos, de las horas y horas de adiestramiento y de ejercicios y de prácticas y de ensayos. Me dijo: –Ayúdame a descansar, ayúdame a salir de la rutina. Ráptame, róbase, secuéstreme. Lo dijo tan suave, tan dulce, tan ligero que en su voz había una música de rústica sencillez. Yo le conté algo de mí, que era un profesional de la fotografía y que en realidad pasaba casi todo el tiempo en París, pues allí se encontraba la sede de un organismo al que yo prestaba mis servicios. Y que justamente debía regresar y presentarme a trabajar en cinco días más. Llegamos a su estudio. Era un espacio enorme, un salón con espejos por todas las paredes y con los pasamanos de madera que rodeaban aquél lugar. En el fondo había una enorme ventana que al abrirla nos mostró unos tupidos árboles que se asomaban y metían sus ramas por el marco superior. –Siéntate, allí en ese rincón. Me dijo. Lo hice. Se acercó a mí y me plantó un beso que me supo a ese maná que cayó del cielo. –Quédate allí. Seré Salomé. Te bailaré la danza de los siete velos–. Puso luego una música que era tan dulce como ella. Comenzó a caer la tarde y las primeras sombras inundaban el recinto, por la ventana que estaba abierta se filtraban algunos haces de luz. Cada vez que cruzaba ese espacio sonreía con una sonrisa pequeña y luego se fue quitando la ropa. Cuando pasó por séptima vez su cuerpo estaba ya desnudo, totalmente desnudo. Ella parecía arrobada por la intensidad del baile y por la bruma de los martinis secos. Terminó la música. Se detuvo a mitad del foro. Me miró con una mirada –no tenía otra– dulce, plena, lúdica. Aquella era un orden para que yo me acercara a ella. Yo, sin la destreza de ella, pero con una rapidez inusitada lancé a los cuatro vientos toda mi vestimenta. Me acerqué a ella. Alzó sus brazos y los pasó por mi cuello.

Una descarga eléctrica me sacudió cuando su piel, toda su piel, todo su cuerpo me rozó y se pegó a mi piel. Dimos vueltas, abrazados y cubriéndonos de caricias mortales. Rodamos por la duela. Nuestros esqueletos conocieron aquél rincón, luego este, luego el otro. Aquella primera noche terminamos nuestro combate lascivo y descansamos acurrucados justo debajo de la ventana. A la mañana siguiente nos duchamos. Allí en la regadera el agua nos tonificó y nos llenó de energía plena. Nos hablamos poco, para qué hablarnos si nuestros cuerpos, nuestras manos, nuestras piernas se decían una y mil historias verdaderas. Para qué gastar tiempo en decirnos cosas si nuestros pechos, si nuestras espaldas, si nuestros brazos y nuestros cuellos y nuestras lenguas entablaban un diálogo más profundo y más tierno y más salvaje y más contundente que lo que nuestras bocas pudieran haber dicho. Preparó un desayuno suculento. Lo comí con avidez. Luego escuchamos a Bethoveen. Por la tarde –nunca nos pusimos ya ninguna ropa– caminábamos, deambulábamos por el estudio sin nada que nos impidiera vernos, sin ropa que no dejara ver nuestra piel. Sí, desnudos como Adán y Eva se



Oswaldo Sagástegui

paseaban por el Paraíso. Allí estaba nuestro paraíso. Allí estaba nuestra tierra prometida, allí permanecíamos los dos, sin rubor, sin nada que cubriera nuestro torso, sin nada que enturbiara nuestros cuerpos. Tres días duró nuestro aquelarre. Tres días permanecimos allí. Tres días vivimos nuestra vida. Tres días y tres noches de amarnos como nunca se había amado. Tres días en que ella la Dulce bebió lo dulce de mi cuerpo, tres días en que yo bebí lo dulce de su piel. Tres días que fueron los días más placenteros que haya yo vivido jamás. Cuando abrió la puerta para despedirme, cuando llegó el momento de partir nuestra mirada fue sólo una. –Dulce– le dije, –te voy a decir algo cursi: Te juro que nunca voy a olvidar estos tres días. Tu rostro, tu cuerpo de bailarina juguetona, tus caderas, tus muslos, tú, toda tú; tu imagen permanecerá en mi memoria para siempre. Sí. De veras. Así de sencillo: nunca te voy a olvidar. Ella, Dulce, se despidió con un beso largo. Luego me extendió un sobre cerrado. Me dijo: –Yo también voy ser “cursi”, toma. No lo vayas a leer ahora. Hazlo cuando estés en París. ¿Me lo prometes?– Asentí. Volví a mirarla como si nunca lo hubiera hecho, registré –como si yo fuera una cámara fotográfica– todo su rostro, todas sus facciones. –Sí– le respondí. –Cuando llegue a París leeré lo que aquí me escribiste. Te lo prometo.

En mi departamento de París, ya instalado, con una copa de vino tinto, abrí el sobre. Era una larga, extensa carta, bella carta, bella, bella, dulce, dulce. La terminé de leer. Apuré mi copa, luego me serví otra más y la botella, al poco rato, estaba más vacía que yo. No tiene caso que yo diga que fue lo que Dulce dijo para mí. No lo diré. Lo callaré para siempre. Lo guardaré en mi memoria. Allí en ese lugar mío estará mejor guardado todo lo que Dulce me escribió sobre aquellos días que pasamos en su estudio. Sí. Es lo mejor. Callar. Y recordar.

cbracho@prodigy.net.mx

CELESTINO GOROSTIZA  
 100 AÑOS NATALICIO  
 HOMENAJE NACIONAL

LITERATURA · DANZA · MÚSICA · EXPOSICIONES · TALLERES

CEREMONIA INAUGURAL

Presentación del libro  
*Teatro completo*  
 de Celestino Gorostiza

Lectura dramatizada

*El nuevo paraíso*  
 de Celestino Gorostiza

Lunes 16 de agosto,  
 20:00 hrs.

Compañía Nacional de Teatro  
 Dirección: Carlos Corona

Palacio de Bellas Artes  
 Av. Juárez y Eje Central

CONACULTA · INBA la cultura en tus manos

Informes: 5282 1964 / Lada: 01 800 904 4000  
 infoinba@inba.gob.mx / www.cnca.gob.mx